

PAQUIRO, LA FIGURA INDISCUTIBLE

Guillermo Boto Arnau*



Este año se conmemora el segundo centenario del nacimiento de un torero que resultó crucial para el desarrollo de la fiesta. Francisco Montes Reina, *Paquiro*, nació el 13 de enero de 1805, precisamente el año en el que el valido de Carlos IV, Godoy, firmaba el decreto de prohibición general del toreo en toda España.

Lo que no habían logrado las prohibiciones papales, la aversión de la gran reina Isabel la Católica o el antitaurinismo exacerbado de importantes españoles ilustrados, como Jovellanos o Vargas Ponce, lo conseguía de un solo plumazo el miedo que padecía un político mediocre al poder que siempre ejerció el pueblo en una plaza de toros.

Parecía que las muertes en el ruedo de Cándido y *Pepe-Hillo* y las retiradas de las otras grandes figuras del toreo de la ilustración, Juan Conde, *Costillares* y Pedro Romero, unidas a esta prohibición general y, pronto, a la Guerra de la Independencia, que estallaría como una sola chispa en el corazón de todos los españoles, iba a provocar la desaparición defi-

* Ginecólogo. Miembro de la Asamblea Amistosa Literaria.

nitiva de una fiesta, el toreo a pie, que había sustituido con fuerza arrolladora y en olor de multitudes al rejoneo, hasta hacerlo prácticamente desaparecer.

El destino, sin embargo, hacía que en Chiclana, la patria adoptiva de Cándido (donde su hijo Jerónimo José se había refugiado, intentando sobrevivir con el sueldo de encerrador del ganado que consumía Cádiz), en esta Chiclana llena de taurinismo, naciera este año de 1805, el niño que revolucionaría totalmente el toreo, hasta el punto de que con él la fiesta, dirigida por su personalidad arrolladora, abandonaría el ropaje de la ilustración para vestir las doradas galas del romanticismo.

La figura de Montes fue llevada hasta los confines de Europa por una pléyade de viajeros románticos, pero no fueron ellos los que la descubrieron. Próspero Merimée ya escribía de toros en 1830 desde la capital de España, pero sólo en 1842 le nombra de pasada en la *post-data* de una de sus cartas, eso sí con rendida admiración «...Montes es el César». Teófilo Gautier le persigue hasta Málaga donde queda algo desilusionado por la muerte que da al toro que él llama *Napoleón*, terrible toro del Barbero de Utrera llamado *Gavilán*, al que mató Paquiro con una suerte de recurso, hoy increíble, tirándose con la espada al punto del descabello. Alejandro Dumas, que le conoce en pleno éxito en las corridas reales de 1846, celebradas por la doble boda de la Reina y de la Infanta, también nos trasmite su desencanto cuando se suspende una corrida en Sevilla por la lluvia, e incluso se permite llamarle «petimetre que no quiere manchar sus bajos de seda y sus zapatos de raso». Pero hay otros que también le ven y se hacen lenguas que cuentan, y no paran, de su valor, su serenidad, su justa fama.

Quizás el primero fuera un príncipe ruso, que asiste en 1833 a las corridas con las que San Sebastián celebra la jura como Princesa de Asturias de la pequeña niña Isabel. Montes da un pase de muleta arrodillado ante el toro. En 170 años de tau-

romaquia a pie, nadie, que se sepa, lo había hecho nunca. Luego lo repetirá Paquiro en Cádiz en 1842, y otra vez en 1846, pero la primacía en presenciar este alarde la tuvo la bella ciudad vasca, y testigo de excepción fue aquel príncipe ruso, que le suplica se deje retratar y al que *Paquiro*, como auténtico príncipe del toreo que ya era, le regala el traje de luces, bordado en oro, que estrenó en las Corridas Reales de Madrid de ese mismo año.

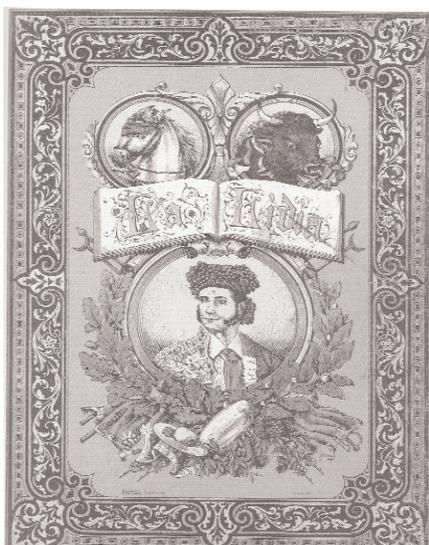


Fig. n.º 2.- Litografía de la Lidia con Paquiro en portada. Apud Nieto Manjón, L. (1993): *La Lidia. Modelo de periodismo*. Colección *La Tauromaquia*, n.º 49, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 55.

También Jean Laurent se desplaza desde Madrid para verle torear en Pamplona, cuando el torero es solicitado por las más altas instancias para dignificar la llegada de los Duques de Aumale y Nemours, hijos de Luis Felipe. Aquellas corridas organizadas por Nazario Carriquiri costaron una fortuna, pero en ellas dejó Montes tan alto su cartel, que dieron lugar a comenta-

rios sobre su posible nombramiento como Conde de Chiclana. Carlos Dembowski, italiano con apellido polaco, nos deja, asombrado, una descripción de su perfecta forma de matar, tan distinta de aquel atravesar los toros, que le ha perseguido, de autor en autor, en casi todos los libros de historia taurina. El Duque de Maille le ve en Bilbao en 1842, y no se resiste a seguirle, corrida tras corrida, hasta la misma capital de España.

Si Francisco Montes ha pasado a la gloria taurina como una cumbre inalcanzable, hoy se nos agiganta, aún más, tras el descubrimiento por Rafael Cabrera Bonet de su periplo americano. Montes, tras abandonar en su juventud sus sueños de ser cirujano por el infortunio económico de su familia, fue peón de albañil y no conforme con ello quiso *hacer las Américas*, cruzando *el charco* en busca de la fortuna. Sabemos que volvió de La Habana envuelto en un feo asunto de robo a finales de 1827 y que pasó a Madrid a ejercer de banderillero.

Su ascenso meteórico desde este profundo bache hasta la cumbre de la torería se realiza en un tiempo *récord*. En junio de 1830 deja de ser banderillero para siempre, toreando de media espada en la única plaza que se mantiene de pie en los alrededores de su tierra natal, la del Puerto de Santa María. Sólo tres meses después se presenta en Sevilla anunciándose en la difícil suerte *del salto del testuz*, que debió de provocar el asombro de los sevillanos pues repitió cartel la semana siguiente.

¿Dónde aprendió *Paquiro* este salto y el de *la garrocha*, que pronto practicaría? En Sevilla no se veía el *salto del testuz* al menos desde mayo de 1771 en que lo realizaría Cándido, que lo aprendió de su maestro Lorencillo y lo llevó en su repertorio. Cuando Montes ingresó en la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, lo volvió a dar, y sus compañeros lo conocerían ya para siempre como el *salto de 'Paquiro'*.

También el *salto de la garrocha* lo reintrodujo en el toreo en la temporada de 1831, cuando toreó en Aranjuez ante los

Reyes. Lo sabemos por una carta de Pedro Romero fechada el 4 de mayo. Lo repetiría en Madrid el día 16 del mismo mes y posteriormente en la primera corrida en que alterna con Juan León. *Paquiro* lo vuelve a dar ante el público madrileño, que tampoco lo conocía pese a figurar en la tauromaquia de Goya. Juan León, el valiente *Leoncillo*, le responde con un *salto al trascuernero* que



Fig. n.º 3.- *Juan León* litografía de *La Lidia* Apud G. de Bedoya F. (1989). *Historia del toreo*, Madrid, Egartorre, lám. 12.

Paquiro repite, dándole así la réplica y empezando con ello una competencia con el maduro maestro.

Vemos pues a nuestro héroe iniciando una tauromaquia nueva, personal, vistosa, a base de un toreo atlético, atrevido, con grandes dosis de osadía y de valor.

Carecemos de las crónicas del Puerto y de Sevilla, pero en las primeras que se conservan de Madrid empieza a destacarse

su asistencia a los picadores y banderilleros, siempre firme, rápida y oportuna. Su presencia es continua en cuantos lances de peligro acechan a los subalternos.

No hay tercio de varas en su época. Los picadores permanecían en el ruedo durante toda la lidia y por ello los quites son muy frecuentes. Montes se distinguió en ellos, en todos los toros, no sólo en los que le corresponde matar por turno.

Su figura, sus formas, sus maneras, van calando en un público que pronto sentirá que es imposible pasar sin él. Sus compañeros y todas las cuadrillas se sienten seguros si torea Montes. Desde las primeras corridas madrileñas de 1831, empieza a notarse otro orden en el ruedo. Montes ordena con el gesto. Cada banderillero tiene su sitio, su labor, su tiempo.

Otro dato destaca en las crónicas de *El Correo Literario* de 1831 y en otras que, mal atribuidas a Basilio Sebastián Castellanos, se conservan en la Biblioteca Nacional: el manejo que hace Montes del capote y de la muleta.

En su época la capa es fundamentalmente un instrumento defensivo. Pero Montes tiene un capote elegante y caliente: «lances vistosos y con mucha gracia», nos dice una de las primeras crónicas madrileñas. Y cuando los públicos afean su uso a otros toreros, a él le aplauden sus abanicos, sus recortes capote en brazo, sus verónicas y sobre todo sus galleos, inimitables, nunca vistos en los últimos años en la plaza de la corte, por lo que llegan a atribuirle su paternidad.

Montes torea por *navarras, de tijerilla, a lo chanfre*. Realiza el *Bú*, llevándose el toro con el capote graciosamente puesto sobre los hombros y con las manos cruzadas sobre el pecho sujetando sus vueltas. Su carrera se adapta a los muchos o pocos pies del animal, que le cornea siempre sin alcanzarle entre los ¡Ay! contenidos de la muchedumbre. En algunos momentos evoca los jugueteos del recordado *Nonilla*, recortando al toro en cuclillas.

Además del *Bú*, indudablemente creado por él, hay que atribuirle el vistoso pase del *farol*. Cossío piensa que esta suerte la creó el sevillano Manuel Domínguez, discípulo tardío de la Escuela de Sevilla, que tras su periplo americano se convertiría en el torero serio y valiente que continuó la labor de Montes y de Redondo en el sentir de muchos aficionados. Pero el Sr. Manuel lo dio por primera vez el 13 de mayo de 1855 y Montes toreó por faroles en el Madrid de 1832.

También se distingue con la muleta «cuyo manejo conoce» según el crítico de *El Correo Literario*. Otros toreros pasan una y otra vez al toro ante la desesperación del público. Montes trastea con precisión y osadía, despreciando el peligro, con el beneplácito de los espectadores que aplauden su labor.

En cierto momento encadena *verónicas* y *faroles*, y con un conocimiento increíble de las reacciones del toro, se desplanta de espaldas a él, en un alarde que nunca se había visto antes. En otra ocasión, cuando el magnífico picador Sevilla, derribado, se hace a sí mismo un quite por *verónicas*, Montes acude y alterna las *verónicas* con su varilarguero ante el delirio de un público enloquecido.

En la suerte suprema hay que leer las crónicas que se conservan para poder juzgarle. Es cierto que fue a la Escuela de Sevilla sólo para aprender a matar. Es más, de los cuatro alumnos que fueron en esas circunstancias, el más aventajado sería el contratado para la temporada madrileña de 1831. En principio parecía que el gaditano José Monge, *el Negrillo*, podía ser el elegido pues ya había sido medio espada en la temporada de 1830. Montes fue contratado por la Junta de Hospitales por ser sin duda el más destacado. También es verdad que siempre envidió la forma de matar de su discípulo José Redondo, que *se traía los toros* recibéndolos por derecho. Por último, es rigurosamente cierto que en las primeras corridas de Madrid, e incluso en alguna de Aranjuez, atravesó los toros al matarlos recibéndolos.

Sin embargo, hay docenas de crónicas en las que mata de forma asombrosa, con una técnica depurada y, a veces, incluso encunándose para no errar la estocada. Pedro Romero, al leer desde Sevilla, en las primeras crónicas, estas estocadas atravesadas, le envía consejos recordándole sus enseñanzas, entre ellas que ningún banderillero metiera el capote en el momento de la suerte, pues podría *abrirle* el toro. Él mismo debía manejar con cierta violencia la mano izquierda en el momento del cruce, desviando hacia fuera al animal, cosa que enseguida corrigió. Fuera lo que fuere, los públicos nunca le criticaron esas primeras estocadas atravesadas. No es Dembowski un modelo de aficionado, pero su descripción es muy concisa: «se pone delante de él adelantándole el pie izquierdo, y siempre presentando la muleta. El toro vacila ante tanto atrevimiento. Montes aprovecha el momento, da un paso rápido y le hunde en la cruz el largo estoque, que abandona desdeñosamente en la herida volviéndose hacia el público».

Todo este caudal de conocimientos, esta forma de manejar el capote y la muleta, este nuevo concepto de la corrida de toros, tenía forzosamente que expresarse en un nuevo código, y por eso surge tan pronto la idea de la *Tauromaquia Completa*. Montes triunfó totalmente en la primera temporada de Madrid. En la segunda, la de 1832, podemos asegurar que el propio Fernando VII estaba interesado en sus éxitos. Así interpreta López Izquierdo el hallazgo en la biblioteca del Palacio Real, entre los papeles del Rey, de unas crónicas perfectamente caligráficas de las temporadas de 1832 y 1833, crónicas que se interrumpen con la muerte de Fernando VII. En 1833, crea Montes el traje de luces, traje que es usado por los propios Infantes en una becerrada en palacio. Los años que le siguen le consagran como un torero de Madrid. Al publicar la *Tauromaquia Completa*, Montes lleva ya toreadas 123 corridas seguidas en Madrid.

La Tauromaquia de Montes no ha alcanzado un reconocimiento, en número de ediciones, como la que alcanzó la de *Pepe*

Hillo, pero es indudablemente una obra más perfecta. Su autoría, tantas veces achacada a Santos López Pellegrín, *Abenamar*, debemos cargarla en la cuenta del médico gaditano Manuel Rancés Hidalgo, que pasó pronto a Filipinas, de donde no volvería. Diego Ruiz Morales lo dejó claro en dos sensacionales artículos en los que utiliza diversas fuentes. Si a pesar de ello quedara alguna duda, no hay sino leer la *Filosofía del toreo* del periodista alcarreño, la obra que provocó el equívoco, para observar que el texto va debidamente entrecomillado y en él se cita a Montes como su autor. En cualquier caso, es Francisco Montes el que la inspira, y cada suerte que describe fue escrita previamente por el torero de Chiclana en el albero del ruedo madrileño.

A partir de 1839, Francisco Montes se plantea torear en el resto de España. Sólo algunas escapadas a San Sebastián, Ciudad Real, Pamplona, Valencia y Zaragoza, habían completado las actuaciones en la corte. Sin embargo la investigación realizada hasta ahora no es completa y es posible que nuevos estudios, en ciudades no historizadas desde el punto de vista del toreo, nos revelen aún nuevos datos.

Vamos a detenernos con algún detalle en las veces que toreó en Sevilla, pues en las obras publicadas, tanto las del Marqués de Tablantes, como la de Antonio de Solís o la de Narbona, no se cita sino una sola actuación, y ésta con error de fecha.

En 1830 actuó en dos corridas antes de ingresar en la Escuela, corridas organizadas por la Real Asociación del Buen Pastor. Estas dos corridas fueron posteriores a la que toreó el diestro cordobés Rafael Pérez de Guzmán. De ellas se conservan los respectivos carteles y un curioso *aviso* por el que sabemos que Montes, pese a ser medio espada, toreó antes de la división de la plaza pues iba a realizar el *salto del testuz*.

En 1834 toreó ocho corridas en Sevilla antes de presentarse en Madrid a finales de abril. El contrato de estas corridas está

firmado en Chiclana por don Manuel Francisco Romero y menciona que Montes alternará con Juan León. Fue publicado en esta misma revista por Manuel Ravina.

En 1837 toreó al menos el 23 de abril, como sabemos por el cartel presentado en la exposición sevillana de 1945 y recogido y fichado por Toro Buiza. En esta corrida alterna con Juan Pastor y Antonio Calzadilla. Si tenemos en cuenta que esta era la segunda corrida del abono, hay que pensar que toreó varias veces este año, posiblemente las «cuatro corridas en ocho vistas» que cita Antonio de Solís.

En junio de 1839 firma en Sevilla un contrato para torear en Murcia, contrato que luego ratifica en Chiclana. Todo hace pensar que se desplazó a la ciudad de la Giralda para torear la Corrida de Beneficencia que organizó el Gobernador.

Por una carta del banderillero *Capita*, encontrada por Cabrera Bonet en el Archivo Nacional, sabemos que toreó en Sevilla el 21 de junio de 1841. Antonio de Solís da la fecha del 31 de mayo, pero debió confundirla, pues ese día toreó en Madrid precisamente una corrida que fue considerada por los cronistas como la mejor de la temporada madrileña; creemos que quizás volviera a torear a finales de junio, camino ya de las corridas de la corte.

En 1842, toreó en abril, según recordaba su banderillero Nicolás Baró en información que dio a Aurelio Ramírez Bernal *PPT*. Todavía no se había creado la Feria de Sevilla, en la que *Paquiro* no llegó nunca a torear.

En 1843 toreó en Sevilla el 17 de abril. El cronista de El Correo de Sevilla nos relata el gran éxito de Montes y, sobre todo, el desplante que le realiza a un toro después de pararlo con el capote:

«Al cuarto lo lanceó el señor Montes con mucha limpieza, sacándole dos suertes a la verónica, dos por cima de la cabeza,

una a la Navarra y dos de abanico, parándose, por último en la cuna y clavando al bicho, dándole la espalda como si fuera un perro».

Luis del Campo investiga la correspondencia que se conserva en Pamplona entre el Ayuntamiento navarro y el apoderado de *Cúchares*, Manuel Romero de Cisneros, que cuenta las incidencias de las corridas de Sevilla, donde torea su torero con Montes y Redondo, dándonos algunos detalles más de estos festejos.

En 1845, torea en Sevilla el 12 de mayo alternando con Juan Lucas Blanco, hijo del infortunado Manuel, y llevando de medio espada al torero de Chiclana a quien ahora protege, Manuel Jiménez, *el Cano*. En el cartel, que se conserva, se le distingue como «el célebre Francisco Montes de Chiclana». Los toros son de la vacada de don Fernando Freire de Sevilla y de los herederos de doña Catalina Pérez de Aznalcollar. Este año es solicitado por don Nazario Carriquiri para torear en Pamplona, y en un principio no acepta pese a lo sustancioso del contrato que le ofrecen. Parece que la insinuación de que lo pide la Reina, le hace cambiar de opinión y efectivamente toreará en el recibimiento que hace la corte a los hijos de Luis Felipe.

El año de 1846 es el año de las Bodas Reales, y *Paquiro* decide torear sólo en Andalucía. No hemos encontrado ningún festejo durante la primavera, pero dado que no torea en ningún otro sitio y que se presenta en Cádiz en el mes de mayo, toreado luego en Jerez y Málaga, hay suficientes indicios de que pudiera torear en abril en Sevilla. En el mes de septiembre, el día 21, torea en Écija donde es cogido. Cabrera Bonet publica el cartel de Sevilla del 27 de septiembre y entre sus advertencias figura que se espera que Montes pueda torear, pese a haber sido herido en Écija. No hay seguridad de que toreará, pese a que el puntazo no fue grave. Parece que la corrida se suspendió.

A la vuelta de las Corridas Reales decide torear en Sevilla en honor de Alejandro Dumas y sus acompañantes, pero la corrida se suspende por la lluvia ante la desesperación de los franceses.

Cossío habla de una corrida en la que toreó toros de Concha y Sierra, que resultaron muy duros. Debió ser la corrida aplazada por la lluvia de la que habla Dumas y que se daría a finales de noviembre o incluso en diciembre. En esta corrida sufrió un traumatismo en la muñeca al matar al primer toro, lo que le impidió seguir la lidia. Alternaba con Juan Pastor, *el Barbero*.

En el año de 1848, según Carlos Ros, biógrafo del Duque de Montpensier, participa Montes con *Cúchares* y *el Chiclanero* en la corrida que celebra la entrada del Duque y la Infanta María Luisa en Sevilla, el 7 de mayo. No sabemos de dónde saca la noticia este autor, ni conocemos el cartel de este festejo, aunque sí está muy dentro de la parafernalia con que Montpensier rodeaba muchos actos de su vida. Por el contrario, conocemos el cartel del 5 de noviembre en honor del nacimiento de la primogénita de los Duques, la Infanta María Isabel de Orleans y de Borbón, cartel en el que figuran los mismos toreros nombrados lidiando toros de Hidalgo Barquero. En este cartel, figura la frase: «que sin embargo del mal estado de su vista», que Cabrera Bonet, toxicólogo de profesión, pone en relación con un posible abuso del aguardiente que destilaba en su bodega de Chiclana, posiblemente con impurezas de alcohol metílico.

Montes vuelve a torear en Sevilla el 11 de noviembre, enfrentándose de nuevo a toros de Hidalgo Barquero, entre ellos un bravísimo cárdeno, al que picó de forma clamorosa el picador Charpa.

En 1849 se publicó un cartel en el que toreaba en Sevilla con *el Chiclanero* y *el Cano*, ocho ejemplares de don Eustaquio de la Carrera; Montes no llegó a torear por enfermedad. Para Velázquez y Sánchez, la empresa lo anunció aun sabiendo que no podía torear.

En 1850 *Paquiro* reaparece en Madrid para torear toda la temporada, contratado por el nuevo empresario, el gran aficionado don Justo Hernández. La expectación es enorme. En la primera corrida el ganado, flojo, no permitió el lucimiento de los toreros, pero en la segunda, con ganado de don Elías Gómez y don Plácido Comesaña, Montes obtiene un éxito sensacional. El periodista de *El Observador*, en su crónica del día siguiente dice:

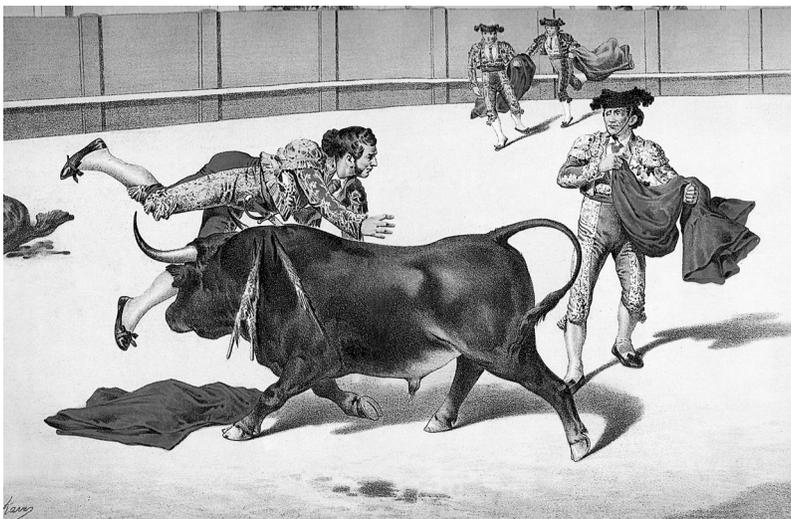


Fig. n.º 4.- *Montes saltando por la cola*. Litografía de *La Lidia* Apud López Uralde (2000: 14, lám. 44).

«Montes la única notabilidad de estos tiempos modernos que ha envejecido sin desacreditarse, estuvo inimitable...»

Para el público en general y para el madrileño en particular, la presencia de *Paquiro* era como un talismán. Sólo con verle vestido de luces y verle dirigir la lidia, se contentaban. Cuando asistía a los picadores derribados provocaba reacciones de admiración colectiva. Se comentaba por muchos aficionados

que no era necesario que matara los toros, que bastaba verle en el ruedo. Sin embargo, en ningún momento dio muestras de decadencia. A un toro tuerto que se aquerenció en la puerta de caballos, se empeñó en matarlo allí, por estar cerca unos amigos, y muchos oyeron decirle a *Capita* que se colocara tras el toro, «porque por allí saldré». Y efectivamente se tiró en corto y encunándose, metiéndole la muleta bajo el hocico para que humillara, y no le importó que el toro se lo echara a los lomos, en el momento de matarlo.

En junio, aprovechó un descanso de la temporada madrileña para torear en Andalucía, empezando por dos corridas en Sevilla los días 21 y 30. Serían sus últimas actuaciones en el coso del Baratillo. Cossío señala que «su labor fue excelente». De Sevilla pasó a torear a Cádiz, la otra mitad del mundo en el sentir de Fernando Villalón. Parece que también toreó en El Puerto de Santa María y, desde Cádiz, embarcó para torear en La Coruña, donde obtuvo tan gran triunfo que fue coronado en el ruedo. No era la primera vez; ya había sido coronado con una corona de plata en Málaga y con una de rosas en Cádiz.

Volvió a Madrid a terminar la temporada. Parece que la noche anterior a la de su encuentro con *Rumbón* estuvo de juer-ga, celebrando el bautizo de un hijo de su banderillero Nicolás Baró, y que incluso en aquella noche tuvo una riña con un *guapo* que llegó a sacar una navaja contra él.

Después de la cogida, que ocurrió preparando a un manso de siete años para la muerte, Ayguals de Izco escribía, recogiendo el sentir de gran cantidad de espectadores:

«Montes no debe ya ajustarse sino para director de la plaza, sin obligación de matar toro alguno mas que los que él quiera, y le aconsejamos que lo quiera muy de tarde en tarde. Montes está siempre sublime en la plaza; pero nunca se le ve con más gusto, nunca excita tanto entusiasmo, nunca hace alarde de una mane-

ra tan ostensible de su inteligencia e incomprensible serenidad, como al auxiliar a los demás espadas. Cuando se le ve al lado de Cayetano Sanz, por ejemplo, el público le admira y aplaude con frenesí. ¿Qué necesidad hay pues de que mate Montes, cuando tantos medios tiene de lucirse sin esta circunstancia? Su presencia en el redondel es ya una garantía de la animación de la plaza»

Sin embargo, Ramón Medel, que publicó el resumen de la temporada, nos dice que de los 27 toros que había matado, 17 murieron de una sola estocada, mejorando las cifras de su discípulo José Redondo, que alternó con él.

Montes se retiró a su Chiclana natal para curar una herida en la pantorrilla que nunca cicatrizó bien. Ya en Madrid estuvieron a punto de la amputación. Meses más tarde fallecía en su cama de unas fiebres malignas. ¿Septicemia?

Su herencia taurina fue sobre todo una renovación de la Fiesta Nacional, una afición fuerte y entendida que ni siquiera se entregó del todo ante toreros como *Lagartijo* y *Frascuelo*. *Paquiro* fue ya para siempre el referente obligado. Sólo Redondo, que le sobrevivió un par de años, y el señor Manuel Domínguez, por su valor y pureza, aunque a obligada distancia, recordaban levemente la presencia de este astro rutilante del toreo.

Silva Aramburu acierta plenamente cuando dice:

«La historia del toreo de a pie se subordina a un suceso fundamental, capital, casi exclusivo: la aparición de Francisco Montes. Todo lo que antecede es su preparación; todo lo que le sigue su consecuencia».

Francisco Montes fue una cumbre solitaria en la historia del toreo. Encarnó para la Europa de su tiempo el prototipo de majo español, valiente, educado, generoso, artista genial. Creó el

toreo romántico en una época en la que aún el picador era el centro de la corrida. Toreó todos los toros, castellanos, navarros y andaluces; de 4 a 7 años; bravos, fieros y mansos. Alternó con todos los toreros de su tiempo, aunque siempre intentó que se le reconociera primacía sobre ellos. Concibió la cuadrilla como un equipo disciplinado, que actuaba al unísono y que, en sus manos, participó de su propia fama hasta el punto de enviarla a torear sustituyéndole en los raros casos de estar impedido.

Pintores, escultores, literatos... todo el mundo de la cultura giró a su alrededor. En una España muy dividida por la política (entre blancos absolutistas y negros liberales, primero y carlistas y cristinos o isabelinos, después), fue el común denominador, el punto de encuentro, la razón indiscutible.

